

Una anciana llora en un campo de refugiados de Abu Shouk, en el desierto

CHAD, SUDÁN. (SEP).- En los ataques se mata a personas, se viola mujeres y se obliga a los habitantes de la zona a abandonar sus pueblos después de incendiar sus hogares y de quemar o robar sus cultivos y su ganado, que son sus principales medios de subsistencia. En mayo de 2004, delegados de Amnistía Internacional fueron a Chad para recabar más información sobre la violencia perpetrada contra las mujeres en Darfur. La organización entrevistó a decenas de ellas y recopiló los nombres de 250 que habían sido violadas durante el conflicto. Los testimonios recogidos, así como los informes sobre actos de violencia sexual recopilados por la ONU, periodistas independientes y organizaciones no gubernamentales, indican sin lugar a dudas que las violaciones y otras formas de violencia sexual constituyen un fenómeno generalizado.

En Darfur, la violación y demás formas de violencia sexual no son una mera consecuencia del conflicto o del comportamiento de tropas indisciplinadas, sino que los testimonios recogidos indican

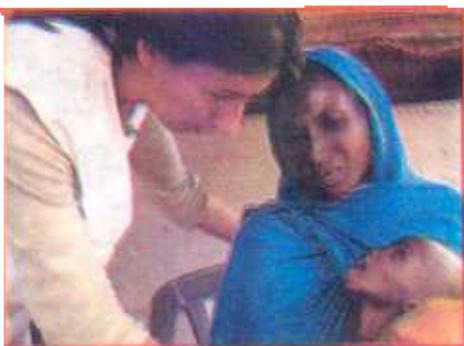
que se han utilizado como arma de guerra con el fin de humillar, castigar, controlar, atemorizar y desplazar a las mujeres y a sus comunidades, constituyendo graves infracciones del derecho internacional, los derechos humanos y el derecho internacional humanitario, incluidos crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Hasta el 2010 fue finalmente firmada una tregua.

JANJAWID = TERROR

En un café del mercado de El Fasher, cuatro hombres vestidos con túnicas blancas sorben un té. Se sienten poderosos. Se saben impunes. Las mesas de su alrededor están vacías. Las que no lo estaban se han ido despejando. Nadie quiere sentarse cerca. Nadie lo hace patente. Que no se perciba su miedo. Muy lejos de esos cuatro hombres a los que a pesar de la tradicional yalabía les traiciona debajo el uniforme militar que esconden. "Son janjawid", palabra inexistente en el vocabulario hasta hace unos años y que ahora el mundo asocia con el terror. Como se asocia con masacre la región de Darfur, al oeste de Sudán.

En el mercado del pueblo se cuentan muchas historias. Miles de muertos, decenas de miles de refugiados en el vecino Chad y no menos de un millón de personas vagando desesperadas en el interior de su propio país, en una región tan extensa o en campos de desplazados en los que se sienten prisioneros, atrapados en una cárcel sin rejas por miedo a salir y que se repita su mala fortuna.

Ningún niño sudanés menor de cinco años sobreviviría a la crisis a menos que se produjera una intervención internacional, alertaban entonces las Naciones Unidas. Cada día, el hambre enterraba a decenas de niños. Los mataba cruel y lentamente. Envueltos en telas blancas en pequeñas



La médica Diana Pou, de Médicos sin Fronteras, atiende a un niño en Zam Zam. (SEP)

Rex

ARMA DE GUERRA



de Darfur, que acoge a más de 57,000 desplazados sudaneses.d. (SEP)

cajas de madera, sus madres los entregaban a la tierra.

CAMPO DE ZAM ZAM

Al campo de refugiados de Zam Zam, al sur de El Fasher, llega una mujer cubierta de azul que protege entre sus brazos un montón de piel y huesos envueltos en una tela. Es su hijo que está casi agonizante. No hay tiempo para preguntas. Diana Pou, médico de la ONG Médicos Sin Fronteras que lleva ese campo, se hace cargo del niño. Ya no puede tragar el agua que se le da. Cada sorbo que bebe lo expulsa en forma de vómito o diarrea. Pou lleva semanas atendiendo a decenas de pequeños.

Hambre, enfermedades, violencia. Pero a pesar de que la tragedia estaba anunciada, las alarmas no sonaron hasta marzo de 2004. En vísperas del décimo aniversario del genocidio mandés, las agencias de Naciones Unidas decidieron denunciar abiertamente la "limpieza étnica" en curso en Darfur.

Desde su independencia del Reino Unido en 1956, Sudán no había conocido la paz, sin embargo, la maquinaria para pararla tardó en ponerse en marcha. Estados Unidos colocaba apenas en su agenda el conflicto en Darfur. Muchos se preguntaron por qué si Washington había aprendido dolorosas lecciones en África. Somalia: la intervención llegó, pero los norteamericanos tuvieron que ver cómo sus soldados eran arrastrados por las calles de Mogadiscio. Ruanda: al presidente Bill Clinton le faltaron días de presidencia para hacerse perdonar tan lamentable error. Bajo su mandato se cometió un genocidio.

En agosto de 1998, en represalia por los bombardeos de las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, Clinton ordenó lanzar 13

Tomahawk -en medio de uno de los momentos más críticos del caso Lewinsky- contra un centro de producción de armas químicas que se suponía que pertenecía al terrorista Osama Bin Laden, al que Sudán daba refugio. La fábrica de armas resultó ser una fábrica de aspirinas...

Washington no podía permitirse un tercer país africano emborronando su haber. La presión internacional era ya creciente, incluyendo una amenaza del Consejo de Seguridad de la ONU y sanciones de la Unión Europea, para intervenir en Darfur. Así, el presidente sudanés, Omar al Bashir, y el secretario general de Naciones Unidas firmaron un comunicado conjunto en el cual el Gobierno se comprometía a mejorar la situación en cuatro áreas: acceso humanitario, derechos humanos, seguridad y resolución política del conflicto. La paciencia se agotaba y el Consejo de Seguridad aprobaba la resolución 1.556 con la que llamaba al Gobierno de Sudán a "cumplir inmediatamente todos los compromisos adquiridos en el comunicado del 3 de julio", incluyendo: facilitar la ayuda humanitaria, llevar ante la justicia a los líderes Janjawid y todos aquellos que incitaron y llevaron a cabo violaciones de los derechos humanos y otras atrocidades, desarme de las milicias y "establecer condiciones de seguridad creíbles para proteger a la población civil y otros actores humanitarios", y retomar las negociaciones políticas. Y daba para ello al régimen de Jartum 30 días.

INJERENCIA EXTRANJERA

En las calles de Jartum, militantes islamistas se echaban a las calles para protestar contra una eventual "injerencia extranjera". Advertían de que Darfur se convertiría en la tumba de Norteamérica si sus soldados osaban poner un pie en Sudán.



Pero el tiempo seguía corriendo. A favor de los asesinos y en contra de las víctimas. Las masacres se sucedían. En Darfur seguía reinando la impunidad. Aunque el régimen de Jartum insistía en que hacía todo lo necesario para desarmar a una milicia que él mismo armó y que negaba haber armado.

Impunes y asesinos, los Janjawid ejecutaban sus tropelías en el frescor de las mañanas. Cuando las aldeas aún se desperezaban oyeron un rumor de helicópteros y aviones Antonov que descargaban su mortífera munición sobre civiles indefensos que no supieron entonces en qué dirección correr. Huyeron despavoridos. A los hombres se les tiroteaba. Se les remataba en el suelo si no morían al primer disparo. Los niños fueron secuestrados para fines serviles y las mujeres pasaron a ser objetos de uso sexual: por un rato, por un día o por el tiempo que los asesinos estimaran necesario. El ganado totalmente exterminado. Se envenenó el agua. Luego el fuego redujo a cenizas las aldeas. Cientos de ellas arrasadas, abrasadas y negras a lo largo y ancho de Darfur. No quedó nada. Sólo las sandalias de plástico de un niño permanecieron tiradas a la entrada de lo que fue su casa. Del pequeño ni rastro.

Ésos eran los ataques organizados, planificados, sistemáticos. Luego los asaltos a plena luz del día. En la sabana. Cuando las mujeres, que adoptaron funciones que hacían los hombres ante la ausencia de éstos, tuvieron que salir en busca de agua o leña. O acudir al mercado a comprar lo mínimo para subsistir porque hasta ahora es mínimo lo que poseen.

BRUTALIDAD

En una remota aldea del norte de Darfur, tres chicas se aventuraron una mañana a buscar leña. Sabían de los abusos que se cometían. Pero ingenuas pensaron que los janjawid dormirían su madrugada de tropelías. Fue entonces cuando

fueron asaltadas. Las llamaron zurga yabid ("negras" y "esclavas"). Luego les dijeron que les iban a hacer un "hijo de piel clara". "Negra, eres demasiado oscura. Te vamos a hacer un hijo de piel clara", relata Sawela Suliman. La organización de derechos humanos que la entrevistó cuenta que los latigazos que le dieron aún estaban frescos cuando hablaron con ella. "Esta tierra es nuestra. Lárgate y déjanos a tu hijo cuando lo tengas", fueron las palabras de los hombres que la violaron. ¿Y si resulta embarazada? Suliman jura que querrá a su hijo, pero que toda su vida odiará al padre, fuera quien fuera de los muchos que la forzaron.

La campaña de violaciones en Darfur ha sido sistemática y tiene un único objetivo: humillar a las mujeres, a sus maridos y a sus padres, rompiendo los árboles genealógicos tribales y étnicos. En Sudán, como en otras muchas culturas árabes, la etnicidad de un niño está directamente ligada a la del padre. "El patrón es muy claro y siempre el mismo", asegura una trabajadora de una organización internacional médica que habla desde el anonimato por temor a las represalias sobre su trabajo. "Estas violaciones se construyen sobre una base de tensiones tribales y se orquestan para crear una dinámica donde los grupos tribales africanos sean destruidos. Que las milicias árabes quieran hacer 'niños claros' forma parte de la limpieza étnica que se está ejecutando. Y lo están haciendo de forma masiva", confirma la misma fuente.

En Al Fasher, la capital de Darfur Norte, Mohamad, una mujer de 22 años, describió a la misma organización una violación por parte de los janjawid. "Perra, vas a follar conmigo", le dijeron. Mohamad fue tratada de sus heridas en el campo de desplazados de Abu Shouk. Diez días después de la violación seguía sangrando. Asegura que le dijeron: "El Gobierno me dio permiso para violarte. Ésta ya no es tu tierra, esclava, márchate". El Gobierno de Sudán ha pretendido dibujar el conflicto

En el campo de desplazados internos de Abu Shouk, al norte de El Fasher, viven en chozas cubiertas con plásticos más de 50000 sudaneses.



en Darfur como "choques tribales" exacerbados por la competición por los recursos naturales debido a la desertificación, la proliferación de armas en la región y la insurgencia que se intensificó a partir de 2003. Si bien es cierto que hay parte de verdad en este retrato, el conflicto de Darfur en 2003 y 2004 y la crisis humana que ha provocado es de una escala y gravedad totalmente diferente a los choques de años anteriores.

Esto se debe a que se han juntado intereses de seguridad nacional -combatir la insurgencia- con intereses locales clamando a la vez por la tierra y otros recursos. Pero es un conflicto tan viejo como el mundo. Una lucha por la tierra y el agua. No una guerra de religión. Son musulmanes (árabes) matando musulmanes (negros).

El estallido en febrero de 2003 del principal grupo insurgente de Darfur, el SLA -el JEM, Movimiento por la Igualdad y la Justicia tiene menor presencia-, despertó temor en el Gobierno central, que entonces estaba comprometido en unas eternas conversaciones en Nai-vasha (Kenia) con los rebeldes del sur del país (el Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán, SPLA) en un esfuerzo para poner fin a más de 20 años de guerra.

QUIÉNES SON LOS JANJAWID

Históricamente, el término janjawid se relaciona con criminales, bandidos o fueras de la ley en Darfur. Desde hace más de un año, el término ha sido repetido sistemáticamente por las víctimas de ataques para describir a los asesinos que, montados a caballo o en camello, han atacado sus aldeas normalmente en compañía de tropas regulares sudanesas y con apoyo aéreo. Pero dentro del término caben dos descripciones: por un lado, las milicias armadas por el Gobierno de Sudán en su campaña militar en Darfur. Por otro, oportunistas de todo tipo que han sacado provecho de la situación de total falta de ley y orden y que se dedican a saquear y robar el ganado.

Dejando de lado a los saqueadores que surgen en todos los conflictos, el Gobierno de Sudán reclutó, entrenó, armó y abasteció a varios grupos árabes nómadas -el régimen de Jartum niega estos hechos, pero Human Rights Watch tiene en su poder documentos que lo prueban- conocidos como Fursan, lo que significa caballeros, muyahidin o Fuerzas de Defensa Popular. Pero sigue reinando el misterio sobre su entrenamiento, estructura y cadena de mando. Las milicias janjawid han salido de alianzas con ciertos líderes locales tribales de origen árabe tales como el de Beni Halba, algunos subclanes de los Rizeigat, Malilla, Irayqat y otros que llevan años enzarzados en enfrentamientos con las comunidades granjeras. Algunos de esos líderes tribales tienen relaciones con raíces muy profundas con las autoridades de los gobiernos locales, lo que ha hecho que desempeñaran un papel muy importante a la hora de reclutar y organizar a los miembros de las milicias. En algunos casos, estos líderes tribales han desempeñado un papel estelar durante los ataques. Testigos sitúan a Musa Hilal, uno de esos líderes, en el escenario de brutales asesinatos.



Un niño se refugia bajo un plástico para protegerse de la fuerte lluvia que caía en el campo de refugiados de Otash. (SEP)